Borja Rodríguez Gutiérrez
De *Los grandes polígrafos españoles a los Orígenes de la Novela*
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVIII, Nº 1, 2012, 125-158

DE *LOS GRANDES POLÍGRAFOS ESPAÑOLES* A LOS *ORÍGENES DE LA NOVELA.*

El 5 de noviembre de 1896, Marcelino Menéndez Pelayo daba comienzo a una serie de conferencias en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid. Esas conferencias eran las primeras de una serie, *Los grandes polígrafos españoles*, una de las empresas más ambiciosas que emprendería Menéndez Pelayo a lo largo de su carrera.

Villacorta Baños, en sus estudios sobre el Ateneo, ha abordado la constitución y naturaleza de esta Escuela de Estudios Superiores. Fue creada bajo la presidencia de Segismundo Moret y Pendregarst, gracias a una dotación de 50.000 pesetas hecha por el entonces Ministro de Fomento, Linares Rivas, en un gobierno cuyo presidente, Antonio Cánovas del Castillo, lo había sido también del Ateneo. Para Villacorta Baños "la Escuela de Estudios Superiores surge para suplir en el terreno de los estudios especializados postuniversitarios las deficiencias de la enseñanza oficial" (1979: 128). Se trataba, por lo tanto, de cursos específicos, no meramente divulgativos, sino de formación muy especializada para alumnos que deseaban profundizar en algún aspecto concreto de la disciplina. Villacorta indica que los asistentes a los cursos, eran médicos, abogados, maestros, funcionarios civiles, sacerdotes, o alumnos y profesores universitarios (1979: 128). La idea del Ateneo, expuesta por su presidente, Segismundo Moret, era "crear un organismo científico de tal naturaleza, que ampliando y sistematizando cuanto se enseña en los centros oficiales, sea al mismo tiempo lugar especialísimo donde se cultive la ciencia por la ciencia, donde se expongan constantemente los adelantos y progresos que, tanto en el terreno experimental, como en el teórico, va logrando el proceso intelectual humano; donde exista cátedra dignificada y per-

manente, en la cual puedan, los que al cultivo de la ciencia se dedican, exponer los resultados de sus investigaciones y dar a conocer las productos de la cultura nacional, y desde la cual puedan suplirse las inevitables deficiencias de la cultura oficial[1]".

Menéndez Pelayo, Vicepresidente del Ateneo en ese año de 1896, estaba (o al menos eso puede suponerse) fundamentalmente de acuerdo con las ideas de Moret. Por ello, el tema de sus conferencias plantea uno de los retos más importantes de su carrera. Se trataba de hacer una historia cultural de España, como le dice en un carta de 15 de diciembre de 1896 a su amigo Antonio Rubió y Lluch[2]. Un proyecto de historia total de la cultura, hecha a través del examen de la obra de una serie de personalidades excepcionales. "Sin pecar de intransigente individualismo, y reconociendo, como de buen grado reconocemos, que la obra de la cultura de un pueblo es labor esencialmente colectiva, no podemos menos de afirmar, con igual resolución, que la conciencia de los pueblos y de las razas, así como la conciencia universal del género humano se revela y manifiesta de un modo más concreto y luminoso en un corto número de hombres privilegiados, a quienes ya Fray José de Sigüenza llamó *Hombres providenciales*, y en nuestro tiempos ha llamado Carlyle los *Héroes*, y Emerson, *Hombres representativos*" (Menéndez Pelayo, 1958: 138-139).

Son palabras de Menéndez Pelayo en la primera de las conferencias de esta serie, palabras recogidas por su amigo y contertulio, Manuel Multedo[3]. La lista de *hombres providenciales* que Menéndez Pelayo pretendía abordar era reveladora de la enormidad de la tarea: Séneca, San Isidoro, Averroes, Maimónides, Alfonso X el Sabio, Raimundo Lulio, Antonio de Nebrija, Luis Vives, Benito Arias Montano, Antonio Agustín Albanel (*Augustinus*), Francisco Sánchez de las Brozas (el *Brocense*), Francisco Suárez, Francisco de Quevedo, Juan Caramuel, Nicolás Antonio, Benito Jerónimo Feijoo, Lorenzo Hervás y Panduro y Gaspar Melchor de Jovellanos.

Hoy en día opinaríamos que semejante empeño es más propio de un grupo de investigación, o mejor de varios grupos de investigación que

[1] Cito por Villacorta Baños (1979: 114).

[2] Epistolario, Volumen 22, Carta 1134. (En adelante las referencias al Epistolario de Menéndez Pelayo se darán en el cuerpo del texto, indicando número de volumen y número de carta)

[3] Sánchez Reyes (Menéndez Pelayo, 1958: 137, nota 1) indica que la reseña de Multedo fue revisada y aprobada por Menéndez Pelayo, aunque no concreta en la nota la fuente de esa información.

trabajaran conjuntamente. Pero la enormidad de las tareas nunca arredró a Menéndez Pelayo, que a lo largo de su carrera no vaciló en afrontar trabajos de magnitud desmesurada, pero que, al mismo tiempo, practicó más de una vez la "huida hacia adelante" que suponía renunciar a finalizar un trabajo de considerable dificultad y extensión para meterse en otro todavía más complicado.

Los grandes polígrafos españoles puede considerarse como el ejemplo más representativo de las obras inacabadas de Don Marcelino. Y no deja de ser llamativo que ni siquiera se llegara a publicar un solo volumen, a pesar de que, entre 1896 y 1901, Menéndez Pelayo impartió en el Ateneo sesenta y siete conferencias del curso[4], lo que indica que el santanderino tenía ya compuesto un abundante cuerpo de doctrina. Incluso en la primera *Memoria* de esta Escuela de Estudios Superiores del Ateneo, la del curso 1896-1897, redactada por el Secretario, José Victoriano de la Cuesta, se indica que *Los grandes polígrafos españoles* están en proceso de publicación (Ateneo…, 1897: 90).

El tema parecía pintiparado para Menéndez Pelayo. De hecho constituía la historia de sus antecesores. Que duda cabe de que, con su habitual egolatría, Menéndez Pelayo consideraba que él mismo era el último nombre de esa excelsa serie de polígrafos de la Historia de España, como lo había sido Luis Vives en el Renacimiento, Maimónides en la España Árabe o Jovellanos en el XVIII, que él en el siglo XIX era el *hombre representativo*, el *hombre providencial*, el *héroe*. Y los alumnos que asistieron a las sesiones compartirían, muy probablemente esa idea. Por ello, a lo largo de los cinco cursos que Menéndez Pelayo impartió sus conferencias sobre *Los grandes polígrafos españoles*, sus cursos estuvieron siempre entre los más demandados por el público[5].

[4] Fueron veinte conferencias en el curso 1896-1897; dieciocho en el 1897-1898; trece en el 1898-1899; dieciséis en el 1899-1900 y diez en el 1900-1901 (datos recogidos por Villacorta Baños, 1979: 149-154).

[5] Menéndez Pelayo tuvo 210 alumnos en el curso 1896-1897; 141 en el 1897-1898; 91 en el 1898-1899; 65 en el 1899-1900 y 63 en el 1900-1901. A pesar de esta progresión descendente (que no fue exclusiva de sus cursos, sino una constante en la evolución de la Escuela de Estudios Superiores) hay que hacer notar que sus conferencias siempre se mantuvieron entre las más solicitadas por el público. En 1896-1897 su curso fue el quinto en alumnos matriculados de los veintidós cursos que se impartieron (tras Emilia Pardo Bazán –*Literatura contemporánea (Literatura francesa)*- con 825 alumnos; Gumersindo de Azcárate -*Introducción a la sociología*- 243 alumnos; José María Madariaga –*Electricidad*- 235 alumnos y Santiago Ramón y Cajal –*Estructura y actividad*

Pero, y también aquí nos encontramos con otra de las constantes de la vida intelectual del santanderino, no se trataba de un proyecto enteramente suyo. La idea venía, una vez más, de Gumersindo Laverde.

En efecto, unos veinte años antes de que Menéndez Pelayo comenzara sus lecciones en el Ateneo de Madrid, Laverde escribe al joven Marcelino (veinte años por entonces), con una recua de propuestas. Era el 14 de septiembre de 1875, y Laverde, que al parecer ese día se había desayunado con ganas, le pone una serie de tareas a su pupilo que podían ocupar fácilmente el resto de la vida del santanderino. La cita es larga, pero merece la pena:

> Nueva, 14 septiembre 1875
>
> Mi carísimo amigo: por distraerme en algo, y no hallo distracción mas grata que la de conversar con V., voy a proponerle una serie de proyectos que, V. mejor que nadie, puede y debe realizar, a fin de que vaya recogiendo los datos útiles para cada uno que se le ofrezcan.
>
> 1.ª Escritores ilustres de la provincia de Santander. S. Beato, Guevara, Hurtado de Mendoza, Floranes, Trueba y Cosio, y algun otro. Omita V. a los vivos, pues no es posible juzgarlos con plena libertad, ni en todos sus aspectos, cuando aún no han completado el círculo de su existencia. Deben ser estos estudios unas monografías en que, a la vez que a dichos

del sistema nervioso- 221 alumnos). En el curso siguiente, 1897-1898, de los veintiocho cursos impartidos, el de Menéndez Pelayo fue el segundo en número de alumnos (141) tras el que impartió Felipe Pedrell –*Influencia del canto popular en la formación de nacionalidades musicales y en la evolución del drama lirico moderno*- que tuvo seis alumnos más: 147. En el curso 1898-1899, el curso con más alumnos fue de nuevo el de Felipe Pedrell –*Nociones de historia de la música española acerca del arte religioso, el teatro y la música popular*- con 123 alumnos. El segundo curso con más alumnos fue el de Eusebio Blasco –*Artes teatrales*- que tan sólo dio tres conferencias, con 110 alumnos, y el de Menéndez Pelayo, con 91 alumnos fue el tercero. En el curso 1899-1900, ya con sólo diez conferenciantes, de nuevo Felipe Pedrell fue el que más inscripciones atrajo con 135 alumnos, sobre el tema *El drama lírico y Wagner*; Gumersindo de Azcárate –Filosofía social- fue el segundo curso en alumnos matriculados, con 106, y Menéndez Pelayo el tercero, con los 65 alumnos que antes he indicado. Finalmente en el curso 1900-1901, último en el que impartió lecciones Menéndez Pelayo, *Los grandes polígrafos españoles* atrajeron a 63 alumnos, el tercer curso más numeroso de los ocho que componían el programa. Por delante de Menéndez Pelayo en cuanto a los alumnos matriculados figuraron, una vez más, Felipe Pedrell, con el segundo curso de *El drama lírico y Wagner* (122 alumnos) y José Marvá con *Estudios de ciencia militar* (103). Datos tomados de Villacorta Baños (1979: 149-154). Para más datos sobre el extraordinario éxito de las conferencias de Emilia Pardo Bazán en el curso 1896-1897, y la repercusión y consecuencias de ese éxito, véase Rodríguez Gutiérrez, 2009.

personajes, se presente la atmósfera en que vivieron. Así, al tratar de S. Beato (cuyos escritos traducidos convendrá insertar) traza V. el cuadro de las ideas, instituciones y luchas religiosas del 1.er siglo de la Reconquista. *Et sic de caeteris*. Estas monografías las puede V. ir publicando sueltas, a medida que las escriba, en alguna revista, y luego coleccionarlas con las correcciones oportunas. Lo propio digo en orden a

2.ª Los autores antiguos considerados en las ediciones, traducciones, comentos, &, que de ellos han hecho los españoles. Colección de estudios críticos y bibliográficos por el estilo del que sobre Horacio hizo V. para *La Ilustracion*. Casi con los mismos materiales de su *Biblioteca de traductores*, puede V. componer esta obra, que será curiosa y por demás interesante. Digo casi, porque, a mi entender, no debe V. hacer solo la historia crítica de los traductores de cada autor si no tambien la de sus comentaristas, apologistas, biógrafos, críticos, &.

3.ª Polígrafos españoles.— Seneca, S. Isidoro, Averroes, Maymónides, Alfonso el Sabio, Lulio, Nebrija, Vives, Arias Montano, A. Agustin, Nieremberg, Caramuel, Feijóo, Mayans, Jovellanos, Andres, Eximeno, Hervas, &. Coleccion de monografías por el mismo estilo que la de los escritores montañeses, si bien más amplias como la de Renan sobre Averroes.

4.ª Heterodoxos españoles celebres. Prisciliano, Itacio, Elipando y Felix, Hostigesis, Arnaldo de Vilanova, Pedro de Osma, los protestantes del siglo 16, Servet, Molinos, Marchena, Santa Cruz, Blanco White, &. Coleccion de monografías del género de la que V. tiene en proyecto acerca de Marchena.

5.ª Los jesuitas españoles en Italia a fines del siglo 18º y principios del 19º. Conviene que V. prosiga esta obra, que será muy interesante, pero sin pensar en darle forma de libro hasta que haya publicado sueltos todos los arts. que han de constituirla, pues sólo entonces podrán ser estos bien coordinados, suplidas las omisiones, retocados los defectos, de modo que forme un todo correcto y armónico. Tampoco debe V. preocuparse de la clasificación de sus personajes, que, en todo caso, debe hacerse a posteriori, único modo de que resulte medianamente exacta y completa, aunque yo creo que lo mejor será prescindir de ella, aunque no de cierto orden y método, que es cosa distinta. Muchos de dichos jesuitas son inclasificables, o por únicos en un ramo de conocimientos, o por haber cultivado con igual intensidad dos o más géneros de literatura. Sea de esto lo que quiera, si ha de haber clasificación, paréceme, desde luego, preciso agregar algunos miembros más a la establecida por V. en uno de sus artículos.

[…] Con los cinco proyectos que quedan indicados (y Prudencio y las Bibliotecas de Traductores y Escritoras) ya tiene V. cortada tela para algunos años. Y con todo, dadas su mucha erudición y memoria y su gran

> facilidad para investigar y escribir, creo que en una docena de años puede V. dar felice remate a todos ellos, mayormente cuando unas mismas noticias servirán a menudo para dos o más de dichas obras. (*Epistolario,* 1, 237).

Ante la lectura de esta carta, no puede uno por menos de preguntarse qué tipo de influencia ejercía el, aparentemente, mediocre y anodino intelectual que era Gumersindo Laverde, sobre Menéndez Pelayo. Pues no era muy normal que en una carta, y de forma inopinada y sin petición alguna de orientación por parte de su pupilo, le impusiera semejante serie de tareas, cada una de las cuales podía ocupar varios años de vida para un investigador. Y más aún, si se tiene en cuenta que en junio de ese mismo año de 1875 Laverde ya estaba pinchando al santanderino para que entrase en la polémica que se hizo célebre con el título de *La Ciencia Española*. Pero más llamativo aún es el hecho de que Menéndez Pelayo llevó a cabo, en un momento u otro de su vida, todas esas tareas, lo que nos indica claramente el ascendiente de Laverde en el trabajo del joven erudito veinteañero.

Laverde no dejó de lado su idea e insistió varias veces a Menéndez Pelayo en ella. El santanderino no se negó nunca a realizarla, pero sus muchos trabajos y proyectos, como le indica a su mentor asturiano, no le permitían acometer la empresa. Pero Laverde insistía, con su terquedad habitual, en que su joven amigo emprendiera esa nueva investigación. El 27 de febrero de 1876 (1, 306) Laverde envía a Menéndez Pelayo el plan de una monografía que desea haga el santanderino sobre el Padre Feijoo y añade en su carta Laverde que ese estudio sería "una de las monografías que han de componer la obra magna sobre los polígrafos". El 1 de marzo (1, 307) Menéndez Pelayo le contesta que hará los *Polígrafos* y desde luego la obra sobre Feijóo pero que en eso momentos no dispone de tiempo para ello (además de que los honorarios que conseguiría con el premio que podrían darle por esa monografía -4000 reales- le parecen muy escasos). El 4 de marzo (1, 3089) Laverde le contesta, expresándole su pesar porque no acometa la obra.

Más de diez años después, el 26 de junio de 1887, a vueltas sobre un comentario de Menéndez Pelayo sobre Hervás y Panduro, Laverde vuelve a sacar su idea de los polígrafos (8, 432). Menéndez Pelayo, por entonces, estaba enfrascado en la *Historia de las ideas estéticas*, y no reaccionó ante la nueva propuesta del cántabro-asturiano[6]. Pasaban los

[6] Laverde nació en Estrada (cerca de San Vicente de la Barquera) en 1835 y cuando tenía cuatro años su familia se trasladó a Nueva, cerca de Llanes, en Asturias: por eso

años y Laverde seguía empeñado en que Menéndez Pelayo arrancara, por fin, con ese proyecto. El 9 de agosto de 1889, hablando sobre Luis Vives, Laverde dice que una monografía sobre ese autor podría formar parte de los *Polígrafos* (10,116). Y pocos meses después, el 6 de octubre de 1889 (10, 167) Laverde vuelve a poner, en negro sobre blanco, el núcleo de su proyecto:

La monografía relativa a Vives, a juzgar por lo que me dices, deberá de ofrecer gran novedad, arrojando mucha luz sobre la historia intelectual de Europa. Yo desearía que no te limitases a Vives, sino que dedicases un libro análogo a exponer la vida, doctrina e influencia de cada uno de los grandes polígrafos españoles, como Seneca, San Isidoro, Averroes, Maimonedes, Alfonso el Sabio, Lulio &.&., agrupando en torno de estas grandes figuras todas las principales fases y periodos de nuestra cultura; con lo que tales obras vendrían a constituir una verdadera historia de la ciencia española.

Un año después, en octubre de 1890, moriría Gumersindo Laverde. Pero su tan repetida propuesta no había dejado de echar raíces en la mente de Menéndez Pelayo. Años después, en 1896, al iniciar los cursos de ese año del Ateneo, Menéndez Pelayo recogía, en la carta a Rubió y Lluch a la que antes me he referido, esta idea de Laverde: "a mis trabajos ordinarios se ha añadido el de una clase semanal en el Ateneo, donde con el título de los *Polígrafos Españoles*, me propongo desenvolver la historia de la cultura nacional representada por sus personificaciones más salientes dentro de cada época" (22, 134). Pero hay un cambio que no deja de llamar la atención. Menéndez Pelayo no pretendía hacer una historia de la *ciencia* española, sino una historia de la *cultura* española. ¿Una diferencia de concepto, en tanto en cuanto no es lo mismo historia de la ciencia que historia de la cultura, o un intento de diferenciar esta obra de la polémica de su juventud?

En cualquier caso, lo cierto es que el curso quedó truncado en 1901. Las diez lecciones que Menéndez Pelayo impartió en ese año (la última el 25 de abril) versaron sobre Luis Vives. No cabe duda de que la interrupción del curso fue una decisión de Menéndez Pelayo. De hecho, el Ateneo siguió incluyendo el curso en los programas de 1901-1902, 1902-1903 y 1903-1904, esperando que Menéndez Pelayo volviera a sus explicaciones. El 8 de abril de 1901, precisamente cuando está impar-

---

siempre se consideró como "de las dos Asturias" [*vid*.: http://www.larramendi.es/i18n/consulta_aut/registro.cmd?control=POLI20090019362]

tiendo las que serían sus últimas conferencias de ese curso, su amigo y discípulo, Bonilla y San Martín, por entonces secretario del Ateneo, le comunica que ha sido nombrado profesor para el curso siguiente (1901-1902) y le solicita el programa de esas clases (16, 78). El 15 de septiembre de ese mismo año, le comenta que los programas van a la imprenta, por si Menéndez Pelayo quiere hacer algún cambio en el suyo (16,224). Todavía el 11 de enero de 1902 Bonilla pregunta a Menéndez Pelayo las fechas en las prefiere dar sus conferencias (16, 346). Es evidente que Bonilla no tenía ninguna información que le hiciera pensar que Menéndez Pelayo no iba a continuar con sus clases en el Ateneo. Pero en ese curso Menéndez Pelayo ya no impartió su magisterio. Lo mismo ocurrió en el siguiente, 1902-1903, a pesar de que seguía anunciado en el programa. Un Bonilla bastante desesperado por la "fuga" de su maestro, le dice, el 9 de enero de 1903: "No anuncio su clase de Vd. en el Ateneo hasta que Vd. venga". Y ante la más que previsible ausencia de Menéndez Pelayo, se atreve a añadir: "Quizás conviniera que diera Vd. por lo menos una o dos conferencias" (16,704). El curso siguiente 1903-1904, el tan anunciado sexto curso de *Los grandes polígrafos españoles* volvió a aparecer en el programa, de nuevo sin llegar a desarrollarse. En los cursos sucesivos desapareció del programa y el ciclo de conferencias que se había iniciado en el Ateneo en 1896 quedó, como tantas veces ocurre en Menéndez Pelayo, inacabado.

Ese mismo abril de 1901, Menéndez Pelayo sufrió la que sería su primera gran decepción vital: su fracaso en su candidatura a la Dirección de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Fue sin duda un mes frenético para Menéndez Pelayo. El 1 de abril pronuncia, nueve años después de su elección como académico, su discurso de ingreso en la Academia. El 7 de abril escribe, jubiloso, a su hermano Enrique: "El tal discurso, contra todos mis temores, resultó un exitazo como se dice en la jerga de entre bastidores. Y tanto que mañana lunes (si no se atraviesa algún obstáculo imprevisto) seré elegido Director de dicha Academia, con lo cual me quedaré convertido en un Cheste[7] de las Bellas Artes, aunque sin el buen cocinero que él tiene y que sirve mucho para realzar los prestigios del cargo" (16,75). El 8 de abril acude a esa sesión de elección y se produce el obstáculo imprevisto del que hablaba a Enrique: la elección arroja un empate entre Menéndez Pelayo y el otro candidato, Juan

[7] Se refiere a Juan de la Pezuela, Conde de Cheste y Director por entonces de la Academia de la Lengua.

Facundo Riaño, el académico más veterano de San Fernando (Menéndez Pelayo era el más joven). El 11 pronuncia en el Ateneo la que sería la antepenúltima conferencia sobre los polígrafos. El 15 asiste a una reunión ordinaria de Academia de San Fernando que acaba convirtiéndose en un ataque directo a su candidatura, ataque comandado por Francisco Fernández y González[8], Rodrigo Amador de los Ríos[9] y Amós Salvador y Rodrigáñez[10]. El 18 de abril da su anteúltima conferencia en el Ateneo. El 23 se celebra en la Academia de San Fernando una nueva sesión de elección, sesión que Menéndez Pelayo abandona antes de la votación definitiva, y en la que el santanderino es derrotado[11]. Y por fin, el 25, pronuncia su última conferencia en el Ateneo.

A esta decepción académica, que le hizo romper para siempre sus relaciones con la Academia de San Fernando, hay que añadir el frenético ritmo de trabajo de Menéndez Pelayo. Entre abril y mayo de ese año de 1901 estaba redactando el tomo XII de las *Obras de Lope de Vega*, el tomo cuarto de su estudios sobre los romances viejos, el prólogo (bastante extenso por cierto) al *Manual de Literatura Española* de James Fitzmaurice-Kelly, y otro prólogo para el estudio de Miguel Asín Palacios sobre el filósofo árabe Algazel. Al mismo tiempo corregía la edición de Quevedo que estaba preparando su amigo sevillano, Francisco Rodríguez Marín, que puntualmente le iba enviando los pliegos de pruebas de la edición.

Hasta qué punto el exceso de trabajo, la decepción académica o nuevos intereses hicieron abandonar el proyecto a Marcelino Menéndez Pelayo es difícil de decir. Sobre todo, teniendo en cuenta que no era la primera vez que una de sus obras quedaba sin finalizar sin que el autor diera ninguna justificación de ello (por ejemplo el nonato tratado sobre la estética italiana, que debía cerrar la *Historia de las Ideas Estéticas* y

[8] (Albacete, 1833 – Madrid, 1917) Destacado intelectual, uno de los más importantes orientalistas de España, autor de tratados de Metafísica y Ética, y una de los primeros pensadores krausistas.

[9] Rodrigo Amador de los Ríos y Fernández de Villalta (1849-1817) fue hijo de José Amador de los Ríos. Historiador, con una dedicación principal a la arqueología y a la epigrafía.

[10] (Logroño, 1845 – Logroño, 1822) Ingeniero y político. Ministro de Hacienda en dos ocasiones (1894 y 1905-1906), de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas (1902), de Instrucción Pública y Bellas Artes (1911) y de Fomento (1915-1916). Sobrino de Sagasta y miembro destacado del partido liberal.

[11] Para más información sobre el fracaso de Menéndez Pelayo en su aspiración a dirigir la Academia de San Fernando, véase Rodríguez Gutiérrez, 2012a.

que nunca llegó a escribir, a pesar de haberlo anunciado el mismo en el prólogo de su estudio sobre el Romanticismo francés). El estudio quedo inconcluso y el último polígrafo español estudiado fue Luis Vives. Tras cinco años y sesenta y siete conferencias, todavía quedaban por abordar Antonio de Nebrija, Benito Arias Montano, Antonio Agustín Albanel (*Augustinus*), Francisco Sánchez de las Brozas (el *Brocense*), Francisco Suárez, Francisco de Quevedo, Juan Caramuel, Nicolás Antonio, Benito Jerónimo Feijoo, Lorenzo Hervás y Panduro y Gaspar Melchor de Jovellanos. Teniendo en cuenta que Menéndez Pelayo había dedicado dos cursos y veintiséis conferencias a Luis Vives, hubiera necesitado no menos de veinte años más para seguir tratando a los polígrafos españoles con la extensión y profundidad con la que estaba trabajando. Tal vez en ese momento fue consciente de la enormidad de la tarea que se había impuesto. Tal vez el lento pero continuado descenso en el número de alumnos de la escuela de Estudios Superiores del Ateneo (a pesar de que él contó siempre entre los profesores con más alumnos) le desanimó.

A pesar de que nunca llegaron a completarse, las conferencias tuvieron una repercusión muy considerable, en la que tuvieron efecto, sin duda, las amplias reseñas que publicaron periódicos como *El Heraldo* y *El Globo*. Las reseñas viajaron de periódico en periódico, por España y por los países de habla hispana. Evaristo Escalera, en una carta de 26 de mayo de la que no costa año (22, 473), le envía un ejemplar del *Diario de Manila*, en el que aparece una de las reseñas de sus conferencias del Ateneo. Muchos corresponsales de Menéndez Pelayo estaban esperando la publicación de *Los grandes polígrafos españoles* y en más de una ocasión encontramos en el *Epistolario* peticiones y ruegos de que aparezca la tan deseada obra.

Víctor Fernández Llera, paisano y amigo, le escribe un 7 de diciembre de 1896 (14, 127) indicándole que ha recibido *El Globo* donde publican resúmenes de sus conferencias y suponiendo que más adelante esas conferencias formaría un tomo. Sólo diez días después, José López Martín le escribe el 17 de diciembre de 1896, preguntándole si se han impreso esas conferencias. (14, 128). Lo mismo le pregunta Antonio Rubió y Lluch, en la Navidad de ese año (14, 139). López Martín, desde Las Palmas, y más de dos años después de su primera carta a ese respecto, insiste un 23 de febrero de 1899 (15,156): "No estaría bien que los provincianos quedáramos privados de tan rico manjar, que será sin duda sabroso y suculento. Yo, a lo menos, clamaré y reclamaré contra semejante injusticia".

Los años pasaban y el recuerdo de *Los grandes polígrafos españoles* seguía vivo. Los corresponsales de Hispanoamérica no dejaban de preguntar por la obra. Luis González Obregón, desde México, un 10 de marzo de 1903 le pregunta si se van a imprimir las conferencias. (16,758). El 24 de febrero de 1904, Roberto Huneeus, abogado chileno, le recuerda que en febrero de 1897 le conoció personalmente, felicitándole en el Ateneo, tras una de sus conferencias. El 15 de noviembre de 1907, un abogado de Reus, Joaquín Borrás de March, le pregunta, una vez más, porque [por qué] no imprime las conferencias (19,363). Lo mismo hace, desde Mora de Toledo, otro abogado, Juan Martín del Campo, el 7 de julio de 1908 (19, 708) En carta fechada en Bogotá, el 10 de noviembre de 1909, Antonio Gómez Restrepo insiste en la petición (20, 486): "no es justo que lo que no tuvimos la dicha de oírlas, no lleguemos nunca a conocerlas". Todavía el abogado de Mora de Toledo, Juan Martín del Campo, el 11 de enero de 1910 insiste, casi diez años después de que Menéndez Pelayo hubiese interrumpido su curso del Ateneo: "publique pronto *Los grandes polígrafos españoles*, que tanto esperan los que, por no estar en Madrid, no pudieron oír las conferencias".

Pero los admiradores de Menéndez Pelayo esperaron en vano. Las conferencias nunca llegaron a publicarse. Es muy probable que Menéndez Pelayo aprovechara esas conferencias para otras obras y escritos. De hecho, eso ocurrió, al menos, con dos de ellas, como en seguida veremos.

Las memorias del Ateneo y las reseñas aparecidas en los periódicos nos permiten reconstruir el contenido de los cursos. En el primero de ellos, (1896-1897), Menéndez Pelayo, después de poner en claro su concepto de polígrafo, se centró en Séneca y San Isidoro; el tercero en Raimundo Lulio, y el cuarto y el quinto en Luis Vives. A la vista está que Menéndez Pelayo no se apresuraba.

El segundo curso, 1897-1898, es el que mejor conocemos y podemos reconstruir gracias a las reseñas de las conferencias, que publicó puntualmente *El Globo*. Las reseñas aparecían firmadas con el nombre de *Tersites*, seudónimo del periodista José Rocamora y Fernández, que además de en *El Globo*, colaboró en *El Español* y *El Heraldo de Madrid*, periódico del que llego a ser director. Fue uno de los intelectuales españoles que en 1906 firmó la carta de apoyo a Marcelino Menéndez Pelayo en la que se solicitaba a Alejandro Pidal que no se presentase a la elección para Director de la Reala Academia Española[12]. Las reseñas de Rocamora

[12] Un análisis de esta carta y de las circunstancias que la rodearon en Rodríguez Gutiérrez, 2012b.

son amplias y detalladas, y constituyen una muy útil información sobre las lecciones de Menéndez Pelayo.

Fecha de la conferencia	Fecha de la reseña	Contenido
4 de noviembre de 1897	6 de noviembre de 1897	Avicembrón (esta reseña, muy breve, no está firma da por Tersites)
11 de noviembre de 1897	No se publicó reseña	
18 de noviembre de 1897	20 de noviembre de 1897	Maimónides
25 de noviembre de 1897	28 de noviembre de 1897	Maimónides
2 de diciembre de 1897	9 de diciembre de 1897	Maimónides
20 de enero de 1898	29 de enero de 1898	Alfonso X
27 de enero de 1898	No se publicó reseña	
3 de febrero de 1898	6 de febrero de 1898	Alfonso X
10 de febrero de 1898	15 de febrero	Alfonso X
17 de febrero de 1898	24 de febrero	Alfonso X
3 de marzo de 1898	8 de marzo	Novelística
10 de marzo de 1898	15 de marzo	Novelística
17 de marzo de 1898	23 de marzo	Alfonso X
24 de marzo de 1898	30 de marzo	Alfonso X
31 de marzo de 1898	6 de abril	Alfonso X
14 de abril de 1898	No se publicó reseña	
21 de abril de 1898	28 de abril	Alfonso X
28 de abril de 1898	1 de mayo	Alfonso X

El Globo dedicó gran atención a las conferencias de Menéndez Pelayo. Las reseñas de Rocamora son mucho más amplias y desatolladas que las que aparecieron sobre otros conferenciantes y de la mayoría de ellos no hubo reseñas[13]. Y Tersites siguió fiel a su cita con el curso hasta publicar catorce reseñas.

[13] Se publicaron reseñas de las conferencias de Leopoldo Alas, Manuel Multedo, José Rodríguez Carracido y Fernando Martín Arrúe. De los otros veintitrés conferenciantes del curso no se llegaron a publicar reseñas (Federico Botella, José Echegaray, José Rodríguez Mourelo, Antonio López Muñoz, Felipe Pedrell, Jenaro Alas, Alejandro San Martín, Rafael Salillas, Gumersindo de Azcárate, Daniel de Cortázar, Ricardo Becerro de Bengoa, Luis Simarro, Eduardo Saavedra, José Fernández Jiménez, Manuel Antón, Manuel Bartolomé Cossío, Julián Ribera, Ignacio Bolívar, Santiago Ramón y Cajal, Rafael María de Labra, Zoel García de Galdeano, Manuel Sales y Ferré y Adofo Posada)

En noviembre de 1897, cuando comienzan a publicarse las reseñas, Émile Zola y su proceso por el asunto Dreyfuss dominaban las páginas del *Globo*. Pero el 15 de febrero de 1898 estalla en Cuba el Maine, y las noticias de los sucesos consiguientes y la guerra llenan las páginas del periódico. No obstante, Tersites siguió publicando sus resúmenes de Menéndez Pelayo y gracias a él podemos conocer lo sustancial del curso 1897-1898.

Varias de estas conferencias fueron reproducidas en *Menéndezpelayismo* (1944)[14] y posteriormente en el tomo tercero de *Varia* de las Obras Completas (1958), junto con otras reseñas procedentes de otras publicaciones. Pero la comparación de estas obras con el original nos revela que en la versión publicada en las *Obras Completas* hubo numerosos cambios sobre las que aparecieron originariamente en *El Globo* y que, además, no se reprodujeron todas las reseñas[15]. De las tres reseñas sobre Maimónides se publicaron dos (no se reprodujo la de 20 de noviembre de 1897), con abundantes cambios en el texto, y eliminando abruptamente el final de las dos reseñas reproducidas. En cuanto a las reseñas que se publicaron originariamente sobre las conferencias que versaban acerca de Alfonso X el Sabio, se reproducen todas, pero con abundantes cambios. En algunos casos resulta evidente que los editores corrigieron errores ortográficos (sobre todo en nombres de autores y obras) de Rocamora. También se observan cambios, mucho más discutibles desde un punto de vista filológico, de estilo y redacción. Más grave es aún que se suprimen líneas del texto, frases y en ocasiones varios párrafos[16]. No es posible saber hasta qué punto esto se debe a errores de transcripción de la reseña aparecida en *El Globo* o a que los colectores quisieran "mejorar" o "pulir" la doctrina de Menéndez Pelayo aparecida en estas páginas.

Dentro de las conferencias, tienen particular interés las impartidas el 3 y el 10 de marzo de 1898 (reseñas del 8 y del 15, respectivamente). Menéndez Pelayo estaba tratando el tema de Alfonso X con gran ampli-

[14] Se trataba del volumen de 1944 del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* que en ese año cambio de denominación. Más información en Neira, 2000

[15] Además los colectores de las *Obras Completas* no indican las fechas y las páginas donde aparecen las reseñas y cometen errores de datación (por ejemplo, la primera reseña que publican –la segunda que firma *Tersites*- la datan el 29 de noviembre de 1897, cuando en realidad apareció el 28 y la unen en un mismo texto, sin indicarlo en nota, a la aparecida el 9 de diciembre de 1897). Cabe deducir que tomaron directamente estos textos de los aparecidos en *Menéndezpelayismo*.

[16] Por ejemplo en las reseñas aparecidas el 24 de febrero de 1898 y en la del 8 de marzo del mismo año.

tud y de hecho iba analizando todas las obras traducidas o compiladas en tiempo del Rey sabio, pero también en época de otros monarcas de la edad media. Fiel a su método histórico y comparatista, arrancaba su estudio en Alfonso VIII, y en todo momento relacionaba la obra de Alfonso X con la de otros autores como Gonzalo de Berceo, Raimundo Lulio o Don Juan Manuel.

En ese repaso general de obras publicadas en la Edad Media, dedica las conferencias que antes he mencionado al estudio del cuento y de las primeras colecciones de cuentos castellanos: el *Calila e Dimna* y el *Sendebar*[17].

Estas conferencias prueban que ya en 1898 Menéndez Pelayo había iniciado ya el trabajo de la que sería quizás su obra más importante y perdurable en el campo de la historia de la literatura española: los *Orígenes de la Novela*. Pues en esas conferencias se encuentra buena parte, ya, del capítulo que en el tomo I de los *Orígenes* se dedica al Apólogo y al Cuento Oriental.

La historia del ciclo de conferencias *Los grandes polígrafos españoles* constituye un episodio muy revelador de la forma de trabajo de Menéndez Pelayo. Proyectos muy vastos, en su mayor parte desorbitados, unos inicios de esos trabajos a los que dedica todas sus energías, un enfoque histórico y comparatista en sus estudios filológicos que le lleva a ampliar cada vez más su campo de estudio, ampliación que se ve incrementada por su minuciosidad y su deseo obsesivo de profundización y de abarcar todos los ángulos del tema tratado. Este crecimiento incesante del material analizable lleva a que esos proyectos que ya eran difícilmente abarcables, se conviertan, si no en imposibles, sí al menos en un trabajo que exigía más tiempo y dedicación de los que Menéndez Pelayo podía o quería dedicar (pensemos en que tras cinco años de cursos, aún le quedaban once polígrafos sobre los que trabajar y que al último –Luis Vives- le había dedicado dos años). Tras el impetuoso inicio llegaba el agotamiento, y lo que había empezado como una apasionante aventura intelectual se convertía en una pesada obligación. Obligación siempre menos seductora, menos cautivadora que el último proyecto que se iniciaba, quizás incluso más amplio y difícil que el anterior, pero que le ofrecía la ilusión de un nuevo comienzo.

[17] Incluyo en apéndice los textos de las reseñas de estas dos conferencias en sus dos versiones: las que aparecieron en *El Globo* y las publicadas en el tomo III de *Varia* de la *Obras Completas* (tomo 65 de las mismas)

BIBLIOGRAFÍA

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. (1897) *Escuela de Estudios Superiores. Memoria de Secretaría referente al curso 1896-1897*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. (1899) *Escuela de Estudios Superiores. Memoria de Secretaría referente al curso 1898-1899*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. (1900) *Escuela de Estudios Superiores. Memoria de Secretaría referente al curso 1899-1900*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. (1901) *Escuela de Estudios Superiores. Memoria de Secretaría referente al curso 1900-1901*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. (1902) *Escuela de Estudios Superiores. Memoria de Secretaría referente al curso 1901-1902*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. (1903). *Escuela de Estudios Superiores. Memoria de Secretaría referente al curso 1902-1903*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.

Neira, Julio (2000). *Menéndezpelayismo y ortegafobia*. Santander. Sociedad Menéndez Pelayo

Menéndez Pelayo, Marcelino (1958). Obras Completas. Varia, Tomo III. Santander. Aldus

Menéndez Pelayo, Marcelino (1982-1991). *Epistolario*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 23 vols.

Rodríguez Gutiérrez, Borja (2009) "Emilia Pardo Bazán y Marcelino Menéndez Pelayo ante la literatura romántica francesa" *La literatura de Emilia Pardo Bazán*. José Manuel González Herrán, Cristina Patiño Eirín, Ermitas Penas Varela (eds.) La Coruña, Fundación Caixagalicia / Casa Museo Emilia Pardo Bazán. 665-676.

Rodríguez Gutiérrez, Borja (2012a) "Menéndez Pelayo en la Real Academia de San Fernando. Aviso de un naufragio". *Liburna*, 5 (anejo), 121-144.

Rodríguez Gutiérrez, Borja (2012b) "Una súbita rebelión epistolar en la República de las Letras" *Monteagudo*. 2ª época, nº 25

Villacorta Baños, Francisco (1979) "El Ateneo de Madrid (1896-1907), la Escuela de Estudios Superiores y la extensión universitaria". *Hispania*, 39 (141). 101-158.

APÉNDICE

Reseña de El Globo de 8 de marzo de 1898

Conviene, decía el Sr. Menéndez y Pelayo, insistir algo en los orígenes de la novelística, materia de erudición fácil y difícil. Fácil porque es enorme la literatura que se ha ido acumulando sobre esto punto desde que Silvestre de Saul publicó la versión de Kalila e Dimna hasta nuestros días. Y difícil, porque conviene reducir a los términos más claros posibles esta materia, un tanto embrollada, y también, en lo general de ella, evitar aquella confusión y exageración a que fácilmente lleva una teoría exclusiva, como ha sido, por lo tocante al origen de los cuentos, la teoría indianista, teoría cuyos orígenes son antiguos y están bosquejados en el ensayo que el obispo Hue hizo sobre el origen de la novela; pero que no recibió su sanción científica hasta la publicación del Ensayo sobre las fábulas indias de un discípulo suyo, y después de la publicación de los numerosísimos trabajos publicados por Reinaldo Keller y toda la falange de discípulos que fomentó en eta disciplina. Pero, en suma, la teoría indianista, a la cual dio forma Max Müller en su Ensayo del origen de la fábula, puede decirse que ha reinado hasta nuestros días, habiendo sido la mayor impugnación que ha sufrido, e1 gran libro de las fabliax, publicado hace tres años. En el concepto de insigne conferenciante, pecan de exclusivos y de exagerados los pocos contradictores que han impugnado esta teoría. Quizá la cuestión es fácil de resolver, si no se estima de un modo meramente histórico, y si antes de proceder a estas investigaciones históricas y documentadas preferimos elevarnos a una consideración general del concepto de la novelística.

La novelística, o sea, la ciencia de la novela, cuento, apólogo, fábula, mito y todo lo que nace de la fantasía popular, tiene no solamente este sentido general y amplísimo que abarca también la manifestación literaria, sino más bien el sentido peculiar de cuento o de apólogo perteneciente a tiempos y civilizaciones primitivas. Estos cuentos, por los elementos esenciales de ellos, se dividen fácilmente en dos clases: los cuentos que pudiéramos llamar de bestias o de animales y los cuentos de personas racionales, los cuentos humanos. Que uno u otro género no pertenecen esencialmente, no pertenecen psicológicamente a ningún país del mundo por privilegio de invención, ni a ninguna raza, por antigua que se la suponga, parece cosa de sentido común. El cuento, lo mismo que el apólogo tiene carácter universal y humano. Se ha dado en el oriente semítico, como lo prueban las parábolas del Antiguo Testamento, de Abdelmelich en el Libro de los Jueces y de Natham en el Libro de los Reyes. Se ha dado en Grecia, eh Hesíodo, en la fábula del gavilán y el ruiseñor, en Roma, en

el famoso apólogo de Minemio, Agripa, etc. Es un procedimiento común a todas las civilizaciones primitivas. Lo que se ha dicho de la india acerca de la metempsicosis no lo cree el profesor habla. Cree que el origen de la fábula debe referirse a un principio más general.

Realmente, la fábula nace de esa relación que el hombre primitivo, mucho más íntima y estrechamente que el hombre civilizado, tiene con la naturaleza, y de esa interpretación simbólica y poética que de la naturaleza va haciendo el hombre primitivo, nace una tendencia a atribuir pensamientos, sentimientos y móviles humanos a seres irracionales, especialmente a los que estén más en su contacto. Y aunque desde que el hombre aparece en la historia se distingue de la naturaleza y del medio en que vive, sin embargo es cierto que se halla en relación más o menos inmediata con la naturaleza, y especialmente con las fuerzas naturales que le sirven y con los seres naturales que le aprovechan en sus trabajos, sobre todo en sus trabajos corpóreos.

De esta especie de estado del hombre primitivo en presencia de la naturaleza nace un concepto de ella que pudiéramos llamar cosmológico, que en épocas posteriores puede ser una especie de filosofía de la naturaleza. En época ya en que esa especie de frescura de la imaginación humana se iba menguando, nace una forma más prosaica de esa misma contemplación estética del mundo. El mito degenera en alegoría. La metafísica se convierte en ética, y entonces viene la fábula, que no viene a ser más que la aplicación moral y poética, un poco prosaica, del mito. En general el mito se presenta sin espíritu de moralidad alguno. Esto no quiere decir que sea inmoral, pero todos los mitos primitivos son cosmológicos, después metafísicos y la aplicación ética es la última, y también, tal como se manifiesta en las fábulas y apólogos, la más prosaica.

Sin decir que no hay documentos bastantes para asegurar que este proceso fuese el mismo en los pueblos, y sin decir tampoco que lo fuese, porque no todos estaban dotados de las mismas aptitudes éticas y psicológicas, lo cierto es que el mito convertido en fábula aparece en todos los pueblos de la antigüedad, lo mismo en los monoteístas que en los politeístas, y entre éstos, en los que creen en la transmigración de las almas y en los que no la creen. La fábula se convierte entonces, no en una expresión poética, en un símbolo de las ficciones naturales, sino en una especie de lección moral dada indirectamente.

Tampoco puede decirse que naciera en la India. En la India no hay cronología para nada y menos en la historia literaria. Tienen razón, pues los impugnadores de la teoría indianista exclusiva en rechazar la idea de que el Esopo de los griegos no es más que el Pai de los indios y de que la fábula griega no es más que una transformación de la fábula india. Lo verosímil es, que en estados sociales análogos, en estados de pensamien-

to idénticos, nace en la India el tipo del filósofo popular, de la misma manera que nace en cualquier otro pueblo.

Hay que advertir, sin embargo, y esto parece favorecer la idea de los que sostienen que la fábula en Grecia fue importada, fue un género exótico, que siempre que de Esopo se ha tratado se le presenta como trigio, según unos, como libio según otros, y los antiguos hablan de las fábulas libias, milenas, etc., la cual parece indicar que este género era de procedencia extraña

Lo cierto es que en tiempo de Sócrates existían fábulas, y que él mismo se entretenía en ponerlas en verso algunas veces. Por consiguiente, no solamente el mito de Esopo, personaje esencialmente fabuloso, existía en tiempo de Sócrates, sino que corría ya una colección de sus fábulas, y esta colección corrió en prosa, puesto que Sócrates la versificaba. Es claro que de estas fábulas no se puede formar idea por las que corrían con el nombre de Esopo, que son una de las variaciones más tardías, posterior, quizás, a la época romana y alejandrina. Probablemente en su estado actual son de la época bizantina. La misma colección latina de Fedro se refiere a Esopo. Por consiguiente, la fábula para los griegos se confunde con el gran nombre de Esopo, por más que nadie la pone donde había vivido, ni siquiera su patria, sobre la cual se divagaba grandemente. Puede creerse y admitirse que Esopo, personalmente considerado, nació en tiempos posteriores a Sócrates. Había entonces fábulas esópicas, pero el tipo de Esopo parece haberse calcado sobre los modeles de les filósofos cínicos. El ejemplo que presenta Luciano en sus Diálogos tiene muchas afinidades con este Esopo legendario.

Existieron entre los antiguos gran número de colecciones de fábulas que se designaban con el nombre de los países dé los cuales se creía que procedían. Así se decía fábulas líbicas, fábulas milesias, etc. Hubo verdaderos apólogos y hubo cuentos como los milesios. Cuanto más popular es un género, más tendencia tiene a perecer y ser sustituido por las imitaciones. Así es que así como la fábula es sustituida por Fedro y otros, así también existen cuentos de carácter igual sumamente desvergonzados que no son conocidos por las traducciones. En Petronio y Apuleyo puede encontrarse este género. También en algunos diálogos de Luciano.

Y que no todos los cuentos eran de este género que antes indicaba, sino que los había exquisitos de pensamiento, expresión e intención moral, lo prueba, aparte de uno maligno de Petronio, el de Puquis (sic.) de Apuleyo en su Asno de Oro. Esto último cuento prueba que las fábulas y las alegorías y los cuentos, no habían sido entre los griegos y latinos asunto de distracción y pasatiempo frívolo meramente, sino también asunto de enseñanza. Es sabido que en los diálogos inmortales de Platón el mito aparece como elemento esencial de la filosofía.

Y por lo tocante al episodio de Psiquis, no cabe dudar que es un mito enseñado en las escuelas de Alejandría, en las cuales se enseñó también de un modo velado la transmigración, y por consiguiente, el destino del alma. Conviene decir esto para indicar y probar que entro los antiguos por excelencia, ni el cuento, ni la novela, ni el apólogo, ni la alegoría, ni ninguna de estas manifestaciones directas o indirectas, ya de verdades metafísicas, ya de verdades morales, fueron desconocidas. Todas ellas fueron cultivadas y todas tuvieron, a la vez que una representación popular, una representación artística. Tenemos aquí el sofisma que dice: Port hoc, ergo propter hoc a los refranes que se recogen hoy de labios del pueblo suponiéndolos de transmisión literaria muy antigua, indostánica. Nada de esto puede afirmarse y en muchos casos puede contradecirse plenamente. De los cuentos que viven hoy en la tradición popular de Europa muchos tienen similares en 1a tradición latina y griega, y otros difieren tanto en sus pormenores en la forma de exposición de los cuentos análogos que pueden encontrarse en la India o en Persia o en Egipto que verdaderamente la coincidencia hay que atribuirla más bien a un fondo ético común en algunos casos y en otros a un fondo ontológico común, o a un fondo menos común por una imitación directa, ya por vía de la antigüedad, ya por vía de la Edad Media.

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que no sean de origen oriental una gran parte de los cuentos, no populares, de los cuentos literarios que desde tiempos muy remotos, desde el siglo XIII, por lo menos, empiezan a figurar en todas las composiciones de las novelas.

Evidentemente hay muchos derivados de la tradición literaria oriental, tradición que inmediatamente para la Edad Media fue árabe; pero que no era más que una repetición, un eco de libros persas, que a su vez eran traducción de otros libros indios.

En este punto no hay duda y puede demostrarse matemáticamente que hubo razones especiales para que en la India floreciese el apólogo y el cuento con más vivacidad que en ninguna otra literatura y también para que adquiriese desarrollo literario más amplio, porque si bien se repasa, exceptuando las dos grandes novelas latinas que son libros literarios, en general, la fábula y el cuento entre los antiguos, se mantienen en un estado embrionario.

En la India, por el contrario, la colección primera, dentro de la falta de cronología que hay respecto de todos los monumentos de la literatura sánscrita, es muy antigua, puesto que procede de la tradición persa, cuya fecha es conocida. Propende a no presentar el cuento aislado, a enlazarlo con una cuestión más general, y esta es la característica en los libros de fábulas y cuentos orientales, entre los cuales se puede citar Las mil y una noches. Hay una ficción general que sirve como de cuadro y otra colec-

ción de ficciones más cortas. Así están escritos el Kalila e Dina, el Sandobach, el Panchatantra y el Hitopadesa.

Los cuentos orientales nacidos en la India y Persia y que pasaron después a los árabes y fueron divulgados por los árabes en Europa, ofrecen el carácter de ser colecciones exactas de ficciones enlazadas por cierto sentimiento común. Aín en el Kalila e Dina, hay una novela general que en la Edad Media llegó a suscitar un ciclo épico satírico de la mayor importancia, el del Renard, la astucia de los dos zorros que se proponen engañar al león para hacer caer de su gracia al toro que era su ministro su privado, y hacer que lo mate. Esa ficción bastó para hacer en la Edad Media una epopeya satírica. Le Román du Renard tiene su fuente en el libro de cuentos de Kalila e Dina.

Sin negar de ningún modo, sino antes al contrario, afirmando que los orígenes de la novela moderna son muy complejos, que hay que dar parte a la ficción clásica y parte al elemento popular, al fondo étnico que durante la antigüedad clásica se había manifestado poco, pero que se revela en la Edad Media, no podemos negar, sin embargo, que muchos elementos de origen oriental entraron en esta merced a las ficciones novelísticas. Desde luego el ejemplar más antiguo de cuentos de la Edad Media es español: es la Disciplina clericalis, del judío converso Pedro Alfonso.

El original suscripto del Kalila e Dina se ha perdido, pero ha existido; quedan vestigios de él en las llamadas Diatakas o leyendas relativas a Budha y encarnaciones que precedieron a la suya, suya, atribuyéndose estos cuentos a un cierto Kasiapa, sabio asceta anterior a Budha y que se supone una de sus tres encarnaciones. Créese que existía antes el Sakiamuni, una colección de apólogos compuesta por Kasiapa. De estos cuentos se apoderaron desde luego los misioneros budistas, y lo mismo que los predicadores cristianos de la Edad Media, en los ejemplos de vicios y virtudes, para dar más eficacia a la enseñanza moral, empleaban estos apólogos y estos cuentos. Quedan algunos restos de ellos entre las Diatakas, y en un libro, cuya forma cristiana del siglo VIII es vulgarmente atribuida a San Juan Damasceno, libro que es el germen de obra literaria tan insigne como La vida es sueño, de Calderón.

Los budistas aprovecharon la enseñanza de estas ficciones; pero ni la primitiva colección de apólogos de Kasiapa, ni la de los budistas han llegado hasta nosotros, lo cual se explica por las persecuciones que sufrieron, y solamente por versiones posteriores, por versiones de la península indostánica y de Ceilán se logró alguna noticia de ellas.

De todos modos, consta que ya en el año 840 de nuestra era habían penetrado estas fábulas en la isla de Ceilán. Y se conjetura que la colección de fábulas líbicas de que los antiguos hablan, deben ser un extracto de esa colección budista, llevada a Alejandría en el primer siglo de nues-

tra era. Se ha supuesto, con mayor o menor fundamento, y es tesis que defiende Jacobs, que también estas colecciones budistas estuvieron en el Talmud, y en efecto, hay ciertas coincidencias que autorizan tal opinión...

Los que tuvieron la suerte de oír la lección del maestro doctísimo, aplaudiéronle con entusiasmo.

Reseña de El Globo de 15 de marzo de 1898

Continuando el estudio del origen de la novelística, dijo el maestro de Literatura española, que lo mismo gran colección de fábulas de origen indio conocidas con el nombre de Calila e Dimna, que la famosa colección de cuentos conocida con el nombre de Sendebar o Historia de los siete sabios, fueron conocidas en la literatura occidental por versiones latinas derivadas de fuente hebrea. Por el contrario, la traducción castellana lo mismo del Calila e Dimna que del Sendebar, representa exactamente la versión arábiga que antecedió a sus traducciones hebreas, que sigue inmediatamente en orden de antigüedad a la versión persa y al original sánscrito. Y el Sendebar no sólo tiene esta antigüedad remotísima, sino que además es representativo de todas las versiones anteriores, puesto que todas, con la excepción de la versión del siglo X, han desaparecido. El Sendebar castellano, el Libro de los engaños de las mujeres que mandó traducir el infante D. Fadriquc, representa hoy, por haberse perdido el original, e1 texto de esta famosa colección de cuentos traducidos del persa.

No está en el mismo caso, indudablemente, el Calila e Dimna. Así y todo, representa exactamente la versión árabe de Romen A Cazar y corresponde a otras de género muy distinto del Directorium humana vitae, de Capua. Lo que es general y común a estos libros y lo tocante a la novelística y origen de los cuentos y fábulas, a los exclusivismos con que algunos han sostenido la derivación oriental, al de otros que la han negado y al término medio que hay que aceptar en este asunto, fue tratado ya en la última lección. Se indicó lo principal qua había que decir acerca del libro Calila e Dimna, en cuanto a sus fuentes y bibliografía. Las distintas versiones de Oriente y Occidente. Se indicó que la versión castellana, enteramente independiente de todas las otras, puesto que todas ellas se derivan de una traducción latina (el Directorium humana vitae, de Capua, procede del hebreo), no tuvo más transcendencia que una traducción latina en 1313; por consiguiente, quedó como esporádica. No importa para la historia de las vicisitudes de este famoso libro, precisamente por su antigüedad, el carácter relativamente próximo.

Tan desconocidos eran ya en el siglo XV los códices de ella que han llegado hasta nosotros, que entonces se volvió a traducir esta colección de fábulas con el título de Ejemplos y engaños y peligros de la vida humana,

sobre el Directorium humana vitae de Capua; de modo que la traducción castellana de este libro procede de la fuente común de los apólogos.

De sus composiciones se dijo algo en la última lección. Como todas las grandes series de apólogos y cuentos de la India, abraza, a la vez que una porción de ficciones cortas, una porción de apólogos y fábulas, que pueden ser considerados separadamente y que a veces han tenido trascendencia en toda la literatura moderna. Abraza varios apólogos centrales, una especie de cuadro general en que entran todas estas fábulas particulares. Por lo que toca al Calila e Dimna, el apólogo general, es decir, la astucia do las dos zorras para engañar al león, para hacer caer de su privanza al toro y llevar a éste a su ruina, es origen, indudablemente, de la grande epopeya de bestias de la Edad Media, del gran ciclo satírico del Renard.

No cabe duda en cuanto al origen más remoto. Ya hemos visto que el fondo de las fábulas esópicas es el mismo que el de los apólogos orientales. Las principales fábulas se encuentran lo mismo en unas que en otras colecciones. El mismo tipo místico de Esopo parece calcado sobre Kasiapa, una de las reencarnaciones de Budha.

La fábula fue empleada en la India como instrumento de educación popular por los budistas, y como enseñanza filosófica de propaganda política. Se presenta, por consiguiente, la fábula con caracteres muy análogos, si bien en Grecia, por lo que sabemos y se puede alcanzar de los monumentos conocidos y de los historiadores clásicos, no pasó de este estado embrionario de fábulas aisladas, de cuentos y escritos separados, mientras que en la India tomó desde luego esa forma cíclica, agrupándose muchos apólogos alrededor de uno principal. Ese es el procedimiento usado en todas las colecciones de cuentos orientales.

En la literatura latina tenemos también una forma particular en el libro llamado de las bestias, que es la novela enciclopédica de Raimundo Lulio, titulada Libro Fénix o de las maravillas del mundo. Está formado con apólogos del Calila, y viene a constituir una especie de poema del zorro; pero son tales y tantas las variantes que se observan tomando los apólogos, no ya con su forma francesa, sino comparándolos con las fuentes orientales del libro de Calila e Dimna árabe-castellano, que todo induce a creer que Raimundo Lullo, dado su modo de trabajar y su vida errante y azarosa, no tomó los apólogos de un libro, sino que los conservaba en la memoria, por haberlos leído tiempo atrás, y que sólo recordaba los datos fundamentales del cuento, no su desarrollo.

Se ha dicho que este libro de las bestias era la única forma conocida del Roman de Renard de la literatura española de los tiempos medios. Es un Román de Renard, pero no tiene nada que ver con los poemas alemanes y franceses del mismo asunto; se remonta al Calila. Y es de gran inte-

rés demostrar el enlace de la epopeya de animales que tomó el carácter propio de los tiempos medios, y su origen.

Respecto a las fábulas hay poco que advertir. Muchas de ellas son de las más célebres y populares que en la literatura se encuentran, que están en las colecciones esópicas y que han venido rodando por todas las literaturas modernas. Cada una exigirá un largo estudio. Una sola de ellas, la fábula de la lechera, dio materia á Max Müller para el Ensayo sobre la transmigración de la fábula. Titúlase dicha fábula Del religioso que vertió miel y manteca sobre su cabeza. Es un cuento que narra la mujer. Y en el fondo dice que cierto religioso tenía a la cabecera de su cama una olla de miel y de manteca y una noche pensó que con lo que le dieran por aquello compraría diez cabras, que parirían después de cinco meses y que a los cinco años contaría cuatrocientas cabras, que las vendería y compraría cien vacas, que gozaría de la leche y de la manteca, que labraría un campo, que tendría una casa, que compraría siervos, y concluye en esta forma: «e esto fecho casarme he, con una mujer muy rica y fermosa y empreñarela y tendré un hijo varón, y castigarle he con esta vara si no quisiera ser bueno y haciendo un movimiento y diciendo esto rompió la olla y cayó la miel y la manteca sobre su cabeza, Y tu, hombre bueno, no quieras desear lo que no sabes si ha de ser.»

El libro de la versión persa de la cual se derivan la árabe y de la árabe la castellana, empieza de un modo particular. Un médico busca libros medicinales, no los encuentra y encuentra el Calila e Dimna que daba salud al espíritu.

El segundo libro de los traducidos al castellano en tiempo de San Fernando es el que comúnmente se llamó Libro de Sendebar, cuyo título es Libro de los engaños y asayamientos de las mujeres. Este libro tiene quizá historia más larga y complicada que el de Calila e Dimna, aunque en uno y otro, a pesar de lo mucho que se ha afanado la erudición moderna en esclarecer su origen, quedan puntos muy obscuros. El libro que sirvió á todos los traductores del occidente, exceptuando al infante D. Fadrique, fue el árabe; pero el texto que sirvió a los demás no ha sido descubierto, ni sabemos en qué lengua está, mas no corresponde a ninguna de las versiones generales que conocemos y además fue modificado por el traductor primitivo, que quizá no fue D. Juan de Altasilva, a quien conocemos ahora como más antiguo traductor. En cuanto al Sendebar las dificultades aumentan, porque aunque es cierto que tratándose del Calila e Dimna no existe la primitiva colección qué sirvió de base al libro, existe el Pantchatantra y otras colecciones, y esto no sucede en cuanto al Sendebar.

Prescindiendo del hecho de que algunos de los cuentos del Sendebar se encuentran también en colecciones de cuentos sanscritos o más

bien en colecciones de cuentos compuestos en dialectos modernos de la India, hay la afirmación expresa de que el texto más antiguo que se encuentra respecto de este libro (afirmación del compilador árabe Massudi), es uno que compuso un filósofo indio, con el título de Libro de los siete visires. Hay, por consiguiente, testimonio de un autor del siglo X que afirma el origen indio de este libro; origen que se deduciría por otra parte de la naturaleza de los cuentos mismos, y hay este único hecho de encontrarse en colecciones posteriores y de ser irracional que esos cuentos penetrasen en la India, por medio de los árabes y sectarios del islamismo. Verdad es que es el único que lo dice. Así como la coexistencia de un libro persa y el Sendébar tampoco consta más que en el segundo preámbulo de de la traducción griega, el cual dice quo el libro había sido compuesto en persa por un cierto Muros o Muzo. Tenemos, pues, la afirmación de un árabe del siglo, y la de un tal Dorriego del siglo XI. Es fácil, facilísimo confirmar el proceso lógico, histórico y literario y conciliar estas afirmaciones. El original del libro fue el de Calila e Dimna; la primera traducción pudo ser persa, como lo fue la primera traducción del Calila, pero lo cierto es que ni el original sánscrito ni la traducción persa existe, y solamente estas traducciones nos dan idea de ella. Es más; el traductor griego tampoco tradujo del persa; hizo expresamente la traducción del siriaco. Esta versión siriaca evidentemente tampoco debió ser directa del persa. Se ha publicado ya, y existe. Es, evidentemente, del siglo X. Comparada con la versión griega, con la de Andreópulos, se observa identidad. Pero hay diferencias también que llevan a creer que quizá el texto árabe de que se valió el traductor sirio para el texto siriaco actual y el texto siriaco de que se valió el traductor griego eran distintos. Hay diferencias en esto, pero no hay duda que la historia positiva documentada de las versiones del Sendebar empezó en la traducción siriaca del siglo X. En la segunda mitad de dicho siglo se publicó el Sintepax, que es obra de un cierto Andreopolus que puso delante de su versión un prólogo en verso y otro en prosa. Sigue en antigüedad al Sintepax griego el Libro de engannos y assayamiento de las mogieres, que no ha sido traducido del griego ni del siriaco, sino del árabe, que representa un texto perdido y que, probablemente, era la fuente del texto siriaco. Lo que induce a creer que el texto árabe era más antiguo que el siriaco es que el texto castellano, traducción rarísima del árabe, es mucho más breve que el texto siriaco. El texto griego traducido del siriaco está lleno de interpolaciones, y contiene cuentos nuevos. La más sencilla y menos complicada de todas las versiones del Sendebar, existente hoy, es la castellana, y aunque sea del siglo XIII, representa probablemente un texto anterior al Sintepax griego del siglo X y al Sendebar siriaco del siglo X, que es el más antiguo hasta ahora. Por lo tocante a los orígenes de la traducción castellana, están expresados en el principio de ella, y está

expresado también que fue ordenada en 1253 por el infante D. Fadrique, hijo de San Fernando y hermano de Alfonso el Sabio.

El libro castellano del Sendebar ha llegado a nosotros en un códice do la biblioteca del conde de Puñonrostro, del cual dio la primera noticia Amador de los Ríos en la Historia de la Literatura Española, códice que contiene, además, el libro del Conde de Lucanor y el Lucidario.

El Sr. Menéndez y Pelayo, cuya lección no puedo extractar totalmente por su especial índole, siguió exponiendo las distintas colecciones de cuentos que siguieron al Sendebar, terminando la conferencia con la lectura de la introducción del libro y la fábula El hombre, la mujer, el papagayo y su moza. Dícese en la introducción que había un Rey en Judea que era llamado Argos, y era de gran poder y amaba a los hombres y mantenía la justicia, y con este Rey había noventa mujeres. Estando una noche en la cama con una de ellas, comenzó a decir quien heredarla su reino; y una de las mujeres, que era cuerda y entendida, le dijo: «¿Por qué estás triste'? Dimelo, porque no debes tener pesar tan grande, siendo, como eres, amado de todos». Entonces el Rey dijo a su mujer: «Poderosa bienaventurada, no puedes remediarme en lo que estoy triste. Yo quería dejar heredero, y por eso lo estoy». Y la mujer dijo al Rey: «Ruega a Dios que te dé hijos, si le pluguiese, porque él nunca se cansa de hacer mercedes. Y después que él supiese que lo quieres te dará hijo. Mas quiero que nos levantemos y roguemos a Dios que nos dé un hijo con que holgamos y quede heredero de nosotros; y si no nos lo diera, debemos hacer su mandato y saber que el poder todo es de Dios y de su mano». Y después de dicho esto, bajose el Rey de la cama y supo que lo que ella dijo era verdad. Hicieron oración y a los nueve meses tuvieron un hijo sano. Llamó el Rey a todos los sabios que fuesen a él y catasen la hora en que nació el hijo. Los sabios predijeron que se rebelaría contra su padre y le quitaría el reino. Encomendó su educación a un sabio, y como fuese la favorita del Rey a visitar al príncipe y le propusiera que se ciñese la corona, enojose éste grandemente, y entonces la favorita refirió al Monarca que su hijo la había querido forzar. Argos lo condenó á muerte. Para retardar la ejecución, cada uno de los siete privados cuenta dos cuentos: uno mostrando al Rey los engaños de las mujeres, y otro presentándole los inconvenientes de precipitarse en la administración de la justicia.

Hay aquí una coincidencia con la fábula griega de Fedra o Hipólito: La madrastra enamorada del entenado.

El sabio profesor de la Universidad Central fue muy aplaudido por la numerosa concurrencia que escuchó su discurso, y oyó con grandes carcajadas el gracioso cuento que leyera para mostrar el estilo del libro tantas veces expresado.

Texto publicado en Obras Completas, Tomo Varia, páginas 241-246

Conviene, decía el señor Menéndez y Pelayo, que hablemos, antes de pasar al estudio de otras obras de Don Alfonso, de los orígenes de la novelística; materia de erudición fácil y difícil. Fácil, porque es enorme la literatura que se ha ido acumulando sobre este punto, desde que Silvestre de Sacy publicó la versión de Kalila e Dimna hasta nuestros días, y difícil, porque conviene reducir a los términos más claros posibles esta materia, un tanto embrollada, y también, en lo general de ella, evitar aquella confusión y exageración a que fácilmente lleva un enfoque único y exclusivo de la cuestión como ha sido, por lo tocante al origen de los cuentos, la teoría indianista, teoría cuyos orígenes son antiguos y están bosquejados en el Ensayo que el obispo Hue hizo sobre el origen de la novela; pero que no recibió su sanción científica hasta la publicación del Ensayo sobre las fábulas indianas de un discípulo suyo, y después de la publicación de los numerosísimos trabajos dados a luz por Reinaldo Keller y toda la falange de discípulos que formó en esta disciplina. La teoría indianista, a la cual dió norma Max Müller en su Ensayo del origen de la fábula , puede decirse que ha reinado hasta nuestros días, en que ha tenido la mayor impugnación que ha sufrido; la del gran libro de Bédier sobre los Fabliaux , publicado hace tres años. En concepto del insigne conferenciante, pecan por exclusivismo y exageración los pocos contradictores que ha tenido esta teoría. Pero quizá la cuestión fuera más fácil de resolver, si en lugar de un criterio meramente histórico y documental prefiriésemos elevarnos a una consideración general del concepto de la novelística.

La novelística, o sea, la ciencia de la novela, cuento, apólogo, fábula, mito y todo lo que nace de la fantasía popular, tiene no solamente este sentido general y amplísimo que abarca en realidad toda manifestación literaria, sino más bien el sentido peculiar de cuento o de apólogo perteneciente a tiempo y civilizaciones primitivas. Estos cuentos, por los elementos esenciales de ellos, se dividen fácilmente en dos clases: cuentos que pudiéramos llamar de bestias o de animales, y cuentos de personas racionales o cuentos humanos. Que uno y otro género no pertenecen esencial ni privativamente a ningún país del mundo por privilegio de invención, ni a ninguna raza, por antigua que se la suponga, parece cosa de sentido común. El cuento, lo mismo que el apólogo, tienen carácter universal y humano. Se ha dado en el Oriente semítico, como lo prueban las parábolas del Antiguo Testamento, la de Natham, por ejemplo, en el Libro de los Reyes; se ha dado en Grecia con Hesiodo en la fábula de El gavilán y el ruiseñor, y en Roma en el famoso apólogo de Los miembros y el estómago, de Menenio Agripá. Es un procedimiento común a todas las civilizaciones primitivas.

Realmente, la fábula nace de esa relación que el hombre primitivo, mucho más íntima y estrechamente que el hombre civilizado, tiene con la naturaleza. Y de esa interpretación simbólica y poética que de la naturaleza va haciendo el hombre primitivo, nace una tendencia a atribuir pensamientos, sentimientos y móviles humanos a seres irracionales, especialmente a los que estén más en su contacto. Y aunque desde que el hombre aparece en la historia se distingue de la naturaleza y del medio en que vive, sin embargo, es cierto que más o menos inmediato no pierde nunca el contacto con ella y especialmente con las fuerzas naturales que le sirven y con los seres naturales que aprovecha para su sostenimiento o en sus trabajos corpóreos.

De esta especie de estado del hombre primitivo en presencia de la naturaleza, nace un concepto de ella que pudiéramos llamar cosmológico, que en épocas posteriores puede ser una especie de filosofía de la naturaleza. Posteriormente, cuanto esa especie de frescura de la imaginación humana se va menguando, nace una forma más prosaica de contemplación estética del mundo: el mito degenerado en alegoría, la metafísica convertida en ética; y entonces viene la fábula, que no es más que la aplicación moral y un poco prosaica del mito primitivo. Porque en general, el mito se presenta sin fin alguno de moralidad; lo cual no quiere decir que sea inmoral. Todos los mitos primitivos son cosmológicos, después metafísicos y la aplicación ética es la última, y también, tal como se manifiesta en las fábulas y apólogos, la más prosaica.

Sin decir, pues no hay documentos bastantes para asegurarlo, que este proceso fuese el mismo en todos los pueblos, lo cierto es que el mito convertido en fábula aparece en todos los pueblos de la antigüedad, igual en los monoteístas que en los politeístas, y entre estos, en los que creen en la transmigración de las almas y en los que no creen en ella. La fábula se convierte entonces, no en una expresión poética, en un símbolo de las ficciones naturales, sino en una especie de lección moral dada indirectamente.

No podemos, por tanto, decir que naciera la fábula en la India ni en Grecia, ni en ningún país determinado. En la India no hay cronología para nada y menos en la historia literaria y tienen razón los impugnadores de la teoría indianista exclusiva, en rechazar la idea de que el Esopo de los griegos no es más que el Bidpay de los indios y de que la fábula griega no es más que una transformación de la fábula india. Lo verosímil es, que en estados sociales análogos, en estados de pensamiento idéntico, nazca en la India el tipo del filósofo popular, de la misma manera que nace en cualquier otro pueblo.

Hay que advertir, sin embargo, y esto parece favorecer la idea de los que sostienen que la fábula en Grecia fué importada, que siempre que

de Esopo se ha tratado se le presenta como frigio, según unos, como libio, según otros, y los antiguos hablan de las fábulas líbicas y milesias, etc., lo cual parece indicar que este género era de procedencia extraña.

Lo cierto es que en tiempo de Sócrates existían fábulas y que él mismo se entretenía en ponerlas en verso algunas veces. Por consiguiente, no solamente el mito de Esopo existía en tiempo de Sócrates, sino que corría ya una colección de sus fábulas y esta colección estuvo en prosa, puesto que Sócrates la versificaba. Es claro que de estas fábulas no se puede formar idea por las que hoy se imprimen con el nombre de Esopo, que son una de las variaciones [p. 244] más tardías, posteriores a la época romana y alejandrina y algunas quizá de la época bizantina. La fábula para los griegos se confunde con el nombre casi mítico de Esopo. Por más que nada se sepa en concreto de su vida, ni siquiera de su patria, sobre la cual se divagaba grandemente, puede creerse y admitirse que el Esopo de carne y hueso, no el personaje legendario, pura representación ideológica, nació en tiempos posteriores a Sócrates, pues el tipo de Esopo parece haberse calcado sobre los modelos de los filósofos cínicos.

Existieron entre los antiguos gran número de colecciones de fábulas que se designaban con el nombre de los países de los cuales se creía que procedían. Así se decía fábulas líbicas, fábulas milesias, etc. Floreció, pues, y se popularizó el apólogo y hasta el cuento propiamente dicho en los pueblos primitivos: pero cuanto más popular es un género, más tendencias tiene de perecer y ser sustituido por las imitaciones. La fábula esópica es sustituida por la de Fedro en Roma y las desvergonzadas leyendas milesias reaparecen en Petronio y Apuleyo y también en algunos diálogos de Luciano.

Pero no todos los cuentos tienen este sucio fondo que acabo de indicar, sino que los había exquisitos de pensamiento y expresión y con sana intención moral, pues si rezuma malignidad el relato de La Matrona de Éfeso de Petronio, el mito de Psiquis de Apuleyo en su Asno de Oro, es una de las más encantadoras y graciosas fábulas de la antigüedad y prueba, además, que las alegorías y cuentos, no fueron entre los griegos y latinos asunto de distracción y pasatiempo frívolo meramente, sino también de enseñanza, como se ve también en los diálogos inmortales de Platón, en los que el mito aparece como elemento esencial de la filosofía.

Y por lo tocante al episodio de Psiquis, no cabe dudar que era un mito difundido en las escuelas de Alejandría, en las cuales se enseñó también de un modo velado la transmigración y, por consiguiente, el destino del alma. Conviene decir esto para dejar bien probado que entre los antiguos ni el cuento, ni la novela, ni el apólogo, ni la alegoría, ni ninguna de estas manifestaciones directas o indirectas, ya de verdades metafísicas, ya de verdades morales, fueron desconocidas. Todas ellas fueron cultivadas

y todas tuvieron, a la vez que una representación popular, una representación artística. Ni deduzcamos tampoco, sofísticadamente fundados en el post hoc, ergo propter hoc, que los cuentos y apólogos que hoy andan en labios del pueblo suponen una forzosa transmisión literaria indostánica o helénica por el mero hecho de la coincidencia de temas. Nada de esto puede ciertamente afirmarse y es más, en algunos casos hasta puede decirse lo contrario. Muchos de los cuentos que viven hoy en la tradición popular aunque difieren en sus pormenores tienen un fondo común que lo mismo puede encontrarse en Grecia que en la India o Persia o en Egipto. Tal coincidencia hay que atribuirla más bien a un fondo ético u ontológico común que a una imitación directa.

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que no sean de origen oriental una gran parte de los cuentos literarios, no los populares, que desde tiempos muy remotos, desde el siglo XIII, por lo menos, empiezan a figurar en todas las composiciones novelísticas.

Evidentemente, hay muchos derivados de la tradición literaria oriental, por medio de los árabes, pero esta transmisión no era más que una repetición, un eco, de libros persas, que a su vez eran traducción de otros libros indios.

No hay duda alguna, y puede demostrarse con evidencia, que hubo razones especiales para que en la India floreciesen el apólogo y el cuento con más vivacidad que en ninguna otra literatura y también para que adquiriesen desarrollo literario más amplio. Y si bien se repara, exceptuando las dos grandes novelas latinas que son libros literarios, la fábula y el cuento entre los antiguos se mantienen en general en un estado embrionario.

En la India, por el contrario, las colecciones que podemos tener por antiquísimas, dentro de la falta de cronología que hay respecto de todos los monumentos de la literatura sánscrita, propenden a representar el cuento no aislado, sino enlazado con una cuestión más general que le da amplitud, desarrollo y trabazón con toda la serie. Ésta es la característica en los libros de fábulas y cuentos orientales, entre los cuales se pueden citar Las mil y una noches, el Calila e Dimna, el Sendebar, el Panchatantra y el Hitopadesa. Siempre una ficción general que sirve como marco y dentro de él varias pinceladas de la narración breve en forma de apólogo.

Los cuentos orientales nacidos en la India y Persia y que pasaron después a los árabes y fueron divulgados por ellos en Europa, ofrecen además el carácter de ser colecciones de ficciones enlazadas por cierto sentimiento común. Aun se encuentran en el Calila e Dimna una novela que generalizada en la Edad Media llegó a suscitar en Francia un ciclo épico-satírico de la mayor importancia: el del Renard, en que la astucia de la zorra se propone engañar al león para hacer caer de su gracia al toro,

que era su ministro, su privado, y hacer que lo mate. Tal ficción bastó para hacer en la Edad Media una epopeya satírica; y bueno será notar de paso que el Roman du Renard tiene su fuente en el libro de cuentos de Calila e Dimna.

Una vez sentado que los orígenes de la novelística son muy complejos y que hay que dar parte en ellos a la ficción clásica, parte al elemento popular y al fondo étnico, que si durante la antigüedad clásica se había manifestado poco, se revela con vigor en la Edad Media, no podemos negar que muchos elementos de origen oriental informaron nuestros primeros apólogos y cuentos. Desde luego, el ejemplar más antiguo de cuentos de la Edad Media es español: la Disciplina clericalis, del judío converso Pedro Alfonso.

Los primitivos apólogos indios no han llegado hasta nosotros; solamente sus refundiciones y versiones antiguas nos son conocidas. Ya en el año 840 de nuestra era habían penetrado estas fábulas en la isla de Ceilán. Y se conjetura que la colección de fábulas líbicas de que los antiguos hablan, deben ser un extracto de esa colección budista, llevada a Alejandría hacia el siglo primero. Se ha puesto, con mayor o menor fundamento, y es tesis que defiende Jacobs, que también estas colecciones budistas estuvieron en el Talmud y, en efecto, hay ciertas coincidencias que autorizan tal opinión...

Texto publicado en Obras Completas, Tomo Varia, páginas 247-252

Continuando el estudio del origen de la novelística, dijo el maestro de Literatura española, que lo mismo la gran colección de fábulas de origen indio, que lleva el nombre de Calila e Dimna , que la famosa de cuentos, llamada Sendebar , fueron dadas a conocer en la literatura occidental en versiones latinas bastante alejadas de las fuente primitiva; pero que las traducciones castellanas, lo mismo del Calila e Dimna que del Sendebar , representan versiones arábigas, mucho más cercanas a los textos indios o persas. Es más, la versión castellana del Sendebar, no sólo tiene esta antigüedad remotísima, sino que, además, es único y venerable documento que representa todas las versiones anteriores, puesto que las demás han desaparecido. El Sendebar castellano o Libro de los engannos e los asayamientos de las mogieres lo mandó traducir el infante Don Fadrique, hermano de Don Alfonso.

El Calila e Dimna, si no texto único, representa al menos, la versión más próxima al original primitivo, puesto que es traducción directa, no de la tardía refundición hebrea, como lo hizo Capua en su Directorium vitae humanae, sino del mismo texto árabe de Benalmocafa, que es el primero que recoge las fábulas indias que contiene este libro. El Directorium,

además, ejerció tan poca influencia literaria, que pronto fué olvidado, y permaneció desconocido hasta el siglo XV, en el que, con el título de Ejemplos y engaños y peligros de la vida humana , se hace una versión castellana.

Y sentados todos estos antecedentes sobre su origen, que, como se ve, es el común de la mayor parte de los apólogos y cuentos medievales, hablemos ahora del contenido de estos libros.

Como todas las grandes series de apólogos y cuentos de la India, se compone el Calila e Dimna de una ficción general que sirve como de marco y campo para el desarrollo de una serie de apólogos y fábulas, que pueden ser consideradas separadamente, porque cada una tiene su historia y origen distinto y su influencia más o menos duradera, en las diferentes épocas y literaturas. La ficción o fábula amplia, dentro de la cual se desarrollan los demás apólogos, es la astucia de las dos zorras que engañan al león, para hacer caer de su privanza al toro y llevar a éste a la ruina. Este sencillo argumento es el germen, indudable, de la grande epopeya de bestias de la Edad Media, del gran Ciclo satírico del Renard.

No cabe duda, en cuanto a su remoto origen índico, pues aunque el cuadro de bestias con habla y pasiones humanas pueda, a primera vista, parecer exclusivamente griego, ya hemos dicho que este procedimiento es general en las narraciones de la India, y que muchos de los apólogos esópicos se encuentran en colecciones de la antigua literatura sánscrita. Es más, al mismo Esopo se le ha considerado no como un ser real, sino como un mito calcado de una de las reencarnaciones de Buda.

La fábula fue empleada en la India como instrumento de educación popular por los budistas, como enseñanza filosófica y de propaganda política. Se presenta, por consiguiente, con caracteres muy análogos a los que tuvo en Grecia, si bien aquí, por lo que sabemos, y se puede alcanzar de los monumentos conocidos y de los historiadores clásicos, no pasó de este estado embrionario de fábulas aisladas, sin llegar a alcanzar aquella forma cíclica en torno a un asunto central de las literaturas orientales. En cuanto a la latina, ya sabemos que en éste, como en otros muchos géneros, carece de originalidad y es más bien un calco de la literatura griega. Fedro sigue fielmente las huellas de Esopo.

Una forma particular adquiere este gran ciclo de las bestias parlantes en nuestra literatura medieval. Es el libro llamado de las bestias, dentro de la novela enciclopédica de Raimundo Lulio, titulada Libro Félix o de las maravillas del mundo. Está formado con apólogos del Calila , y viene a constituir una especie de poema del zorro; pero son tales y tantas las variantes que se observan comparando los apólogos, no sólo con su forma francesa, sino también con las fuentes orientales del libro de Calila e Dimna árabe-castellano, que todo induce a creer que Raimundo Lulio,

dado su modo de trabajar y su vida errante y azarosa, no tomó los apólogos de un libro, sino que los conservaba en la memoria, por haberlos leído tiempo atrás, y que sólo recordaba los datos fundamentales del cuento, no su desarrollo.

Se ha dicho que este libro de las bestias era la única forma conocida del Roman du Renard en la literatura española de los tiempos medios, lo cual no es cierto; pues lo mismo en el Conde Lucanor que en el Libro de los Gatos, se encuentran ejemplos de esta literatura. Es un Roman du Renard el libro de Lulio, es cierto; pero no tiene nada que ver con los poemas alemanes y franceses del mismo asunto, ya que su inspiración inmediata es nuestro Calila.

Respecto a las fábulas sueltas que componen el Calila e Dimna poco he de advertir. Muchas de ellas son de las más célebres y populares que en la literatura general se encuentran; están ya en las colecciones esópicas, y han venido rodando por todas las literaturas modernas. Cada una exigiría un largo estudio. Una sola de ellas, la fábula de la lechera, dió materia a Max Müller para el Ensayo sobre la transmigración de la fábula. Titúlase dicha fábula Del religioso que vertió miel y manteca sobre su cabeza . En resumen, dice que cierto religioso tenía a la cabecera de su cama una olla de miel y de manteca, y una noche pensó que con lo que le dieran por aquello compraría diez cabras, que parirían después de cinco meses y que a los cinco años contaría cuatrocientas cabras, que las vendería y compraría cien vacas, que gozaría de la leche y de la manteca, que labraría un campo, que tendría una casa, que compraría siervos, y concluye en esta forma: «é esto fecho casarme he, con una mujer muy rica y fermosa y empreñarela y tendré un hijo varón, castigarle he con esta vara si no quisiera ser bueno». Y haciendo un movimiento al decir esto, rompió la olla y cayó la miel y la manteca sobre su cabeza. «Y tú, hombre bueno -concluye- no quieras desear lo que no sabes, si ha de ser.»

El segundo libro de los traducidos al castellano en tiempo de San Fernando, es el que comúnmente se llamó Sendebar, cuyo título es Libro de los engaños e assayamientos de las mogieres. Este libro tiene quizás historia más larga y complicada que el Calila e Dimna, aunque en uno y otro, a pesar de lo mucho que se ha afanado la erudicción moderna en esclarecer su origen, quedan puntos muy oscuros. El libro que sirvió a todos los traductores del occidente, exceptuando al infante Don Fadrique, no ha sido descubierto ni sabemos en qué lengua está, mas no corresponde a ninguna de las versiones generales que conocemos y además fué modificado por el traductor primitivo. Al tratar de indagar sobre los orígenes del Sendebar, las dificultades se aumentan, porque, aunque sea cierto que tratándose del Calila e Dimna no existe la primitiva colección que sirvió de base al libro, existe el Pantcha-tantra y otras colecciones que nos dan

luz, y esto no sucede en cuanto al Sendebar .

Prescindiendo del hecho de que algunos de los cuentos del Sendebar se encuentran también en colecciones sánscritas o más bien en colecciones de cuentos compuestos en dialectos modernos de la India, hay la afirmación expresa de que el texto más antiguo de este libro (afirmación del compilador árabe Massudí), es uno que compuso un filósofo indio, con el título de Libro de los siete visires. Tenemos, por consiguiente, el testimonio de un autor del siglo X que afirma el origen indio de este libro, origen que se deduciría, aun sin esto, de la naturaleza de los cuentos que se deduciría, aun sin esto, de la naturaleza de los cuentos mismos. La existencia, por otra parte, de un libro persa del Sendebar, consta ya en el segundo preámbulo de la traducción griega, o Syntipas , de Andreópulos, el cual dice que el libro había sido compuesto en persa por un cierto Muros o Muzo. Tenemos, pues, en contradicción las afirmaciones de un árabe del siglo X y de un griego del siglo XI. Es fácil, facilísimo, confirmar el proceso lógico, histórico y literario y conciliar estas afirmaciones. El original del libro fué el mismo que el de Calila e Dimna; es decir, indio, y la primera traducción pudo ser persa, como lo fué la primera traducción del Calila . Pero lo cierto es que ni el original sánscrito ni la traducción persa existen, y que el texto español del Sendebar es el más cercano a la fuente primitiva, por ser traducción de un libro árabe anterior, sin duda, a la versión griega de Andreópulus y a la siríca, de donde tomó la suya; y que el texto árabe era más antiguo que el siríaco, se echa de ver al instante por su mayor brevedad y porque no debió tener todas las interpolaciones de aquél. Por consiguiente, la más sencilla y menos complicada de todas las versiones del Sendebar existentes hoy, es la castellana, que representa el original árabe, y aunque sea del siglo XIII, representa probablemente un texto anterior al Syntipas griego del siglo X y al Sendebar siríaco que es el más antiguo hasta ahora conocido.

El libro castellano del Sendebar ha llegado a nosotros en un códice de la biblioteca del conde de Puñonrostro, del cual dió la primera noticia Amador de los Ríos en la Historia de la Literatura Española , códice que contiene, además, el libro del Conde Lucanor y el Lucidario .

El señor Menéndez Pelayo, cuya lección no puedo extractar totalmente por su especial índole, siguió exponiendo las distintas colecciones de cuentos que siguieron al Sendebar, terminando la conferencia con la lectura de la introducción del libro y la de la fábula: «El hombre, la mujer, el papagayo y su moza». Dícese de la introducción que había un Rey en Judea que era llamado Argos, y era de gran poder y amaba a los hombres y mantenía la justicia, y con este Rey había noventa mujeres. Estando una noche con una de ellas, comenzó a decir quién heredaría su reino; y esta mujer, que era cuerda y entendida, le dijo: «¿Por qué estás triste? Dímelo,

porque no debes tener pesar tan grande siendo como eres amado de todos.» Entonces el Rey dijo a su mujer: «Poderosa bienaventurada, no puedes remediarme en lo que estoy triste. Yo quería dejar heredero, y por eso lo estoy.» Y la mujer dijo al Rey: «Ruega a Dios que te dé hijos, si le pluguiese, porque Él nunca se cansa de hacer mercedes. Y después que Él supiese que lo quieres te dará un hijo. Mas quiero que nos levantemos y roguemos a Dios que nos dé un hijo con que holgarnos y quede heredero de nosotros; y si nos lo diera, debemos hacer su mandato y saber que el poder todo es de Dios y de su mano.» Y después de dicho esto, bajóse el Rey de la cama y supo que lo que ella dijo era verdad. Hicieron oración, y a los nueve meses tuvieron un hijo sano. Llamó el Rey a todos los sabios que fuesen a él y catasen la hora en que nació el hijo. Los sabios predijeron que se rebelaría contra su padre y le quitaría el reino. Encomendó su educación a un sabio, y como fuese la favorita del Rey a visitar al príncipe y le propusiera que se ciñese la corona, enojóse éste grandemente, y entonces la favorita refirió al Monarca que su hijo la había querido forzar. Argos lo condenó a muerte. Para retardar la ejecución, cada uno de los siete privados cuenta dos cuentos: uno, mostrando al Rey los engaños de las mujeres, y otro, presentándole los inconvenientes de precipitarse en la administración de la justicia.

Hay aquí una coincidencia con la fábula griega de Fedra e Hipólito: La madrastra enamorada del entenado.

El sabio profesor de la Universidad Central fue muy aplaudido por la numerosa concurrencia que escuchó su discurso, y oyó con grandes carcajadas el gracioso cuento que leyera para mostrar el estilo del libro tantas veces expresado.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ